



Palestina: la reivindicación imposible

N. 258. Junio 2021. Suplemento del Cuaderno CJ n. 223.
Cristianisme i Justícia. Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
93 317 23 38 • info@fespinal.com • www.cristianismeijusticia.net

Asistimos estos días a un nuevo brote de la guerra entre Gaza e Israel, extremadamente desigual, donde la victoria militar está asegurada de antemano. Este conflicto no provocará refugiados, porque, a diferencia de otros, la población civil de Gaza no tiene adónde ir. El control total de sus fronteras por parte de Israel y el empeño de Egipto por evitar ser otro Líbano acogiendo a los palestinos convierten a esta región en una prisión para sus habitantes.

Cuando todas las opciones llevan a peor

Sin justicia no podrá haber paz en la región y, si la hubiera, no sería más que una capitulación de una de las dos partes. Es cierto que muy pocos países se sentirían cómodos teniendo un vecino domina-

do por Hamás, pero la política de Israel prueba una y otra vez que, durante los períodos de tregua, los palestinos no han conseguido ningún avance en sus reivindicaciones por medio del diálogo. Más bien al contrario, hace años que están en una situación cada vez de mayor debilidad para negociar. Pero, si en tiempos de paz no han conseguido nada, ninguna intifada ha supuesto tampoco ningún avance. Tampoco ahora el lanzamiento de miles de misiles desde Gaza hará mejorar en nada la situación de los palestinos. No conseguirá más que expresar la rabia ante una situación de degradación constante. Israel, con sus bombardeos, quiere dejar claro que cualquier ataque contra él será respondido con una dureza tal que deje al adversario en una situación peor. Sin embargo, la pérdida constante de los derechos de los palestinos en tiempos de tregua implica que cualquier opción,

la del diálogo o la de la guerra, sea una pésima opción. No parece que haya otra alternativa: o ser expulsados lentamente o morir rápidamente en la lucha.

La situación en la que nos encontramos hoy es la inviabilidad actual de un Estado Palestino. La parcelación de todo su territorio consecuencia de los miles de asentamientos sumada a la desconexión terrestre entre sí hacen inviable esta opción.

No pocos palestinos se lamentan hoy de que sus dirigentes no hubiesen aceptado las condiciones que exigía Israel entonces, pero la herida producida por la ocupación y el reparto desigual de tierras en 1947 —y aún más en 1967— lo hacía casi imposible. Hoy, muchos palestinos volverían atrás, a las fronteras del 67, pero eso ya no es posible. Los asentamientos en Cisjordania suman más de 400.000 israelíes, sin contar el gran número que existe también en Jerusalén Este.

Los países árabes, cansados de esperar

Los países árabes, además, se han cansado de esperar la resolución del conflicto para mirar por sus intereses, y han dado la espalda a la causa palestina. Los Emiratos Árabes firmaron en septiembre de 2020 unos acuerdos para restablecer las relaciones diplomáticas con Israel, con el apoyo de los Estados Unidos y Arabia Saudí, para aislar más aún a Irán. Este país es visto por Arabia como su mayor peligro y, por ello, no tiene reparos en colaborar discretamente con Israel y en animar a sus vecinos a establecer relaciones diplomáticas. El reciente boicot de estos países a Catar estaba motivado por el acercamiento de este país a Irán, por

ser actualmente la retaguardia de los hermanos musulmanes y por ser la sede de la incómoda cadena informativa Al-Yazira. Si pensamos que quien detenta el poder en Gaza es Hamás, un partido ligado a los hermanos musulmanes, y que la torre de información de la cadena de Al-Yazira fue bombardeada, podemos entender mejor las alianzas de la región.

Otro país de la zona, Egipto, tampoco saldrá en apoyo de los palestinos de Gaza, puesto que su presidente y dictador, al Sisi, prioriza ante todo la lucha contra los hermanos musulmanes, a quienes derrocó del poder con un golpe de estado. Esta animadversión le acerca actualmente a Arabia Saudí, y los intereses económicos le hacen mantener los tratados de paz firmados con Israel en 1979.

Marruecos ha sido el último en sumarse a la normalización de las relaciones diplomáticas con Israel a cambio del reconocimiento, por parte de Trump, de la soberanía marroquí sobre el Sáhara. Fue uno de los últimos regalos del presidente estadounidense tanto a Israel como a Marruecos, justo antes del final de su mandato.

Sin embargo, los bombardeos del mes de mayo han supuesto una verdadera prueba «de fuego» a estas relaciones. Marruecos y Jordania se sienten particularmente inquietos. En especial este último, que recuerda la desestabilización interior que le supusieron las reclamaciones de los refugiados palestinos que exigían a Jordania una mayor implicación militar contra Israel. Esta historia ayuda a explicar por qué, a pesar del apoyo árabe masivo a la causa palestina, sus gobiernos han empezado a velar por sus propios intereses con un acercamiento a Israel o, incluso, normalizando relaciones diplomáticas.

El eje de Turquía, Líbano, Siria e Irán

El único país que ha seguido un camino inverso en los últimos años ha sido Turquía, en su voluntad de dejar de mirar hacia Europa y los Estados Unidos, para recuperar la influencia en sus antiguos dominios. De esta manera, se ha formado un eje de cooperación y solidaridad entre Palestina, Turquía, Siria, Irán y Líbano (especialmente, la coalición entre el Hezbolá chiíta —en su rama política y armada—, y el general Aoun, cristiano).

Un largo desencuentro

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Recordemos este hecho: en 1948, con el amparo de las Naciones Unidas, se divide el territorio de manera muy desigual y se crea el Estado de Israel, también con el proyecto de crear un Estado Palestino que no llega a materializarse nunca. La guerra de los seis días de 1967 llevó a Israel a incorporar a su territorio los Altos del Golán de Siria, Cisjordania, incluyendo Jerusalén Este, la Franja de Gaza y el Sinaí. Egipto obtuvo el Sinaí a cambio de un tratado de paz. Israel ofrecía a los palestinos unas nuevas fronteras para sellar la paz, pero la herida abierta por las tierras ocupadas les impedía aceptarlo. En 1993, los acuerdos de Oslo significaron por primera vez un reconocimiento de Palestina al derecho a la existencia de Israel, y este, por su parte, reconocía formalmente a la Organización para la Liberación de Palestina como interlocutor. Esta debía organizar elecciones y mantener la seguridad en su propio territorio con su policía. El tratado dividía Cisjordania en tres zonas: la zona A quedaba bajo la tutela

exclusiva de Palestina. La zona B quedaba bajo tutela mixta, pero Israel podía desplegar su ejército, y la zona C era de control absoluto de Israel. Las zonas A quedaban aisladas entre sí, y el triunfo de Hamás en Gaza tras las elecciones separó políticamente a esta de Cisjordania, bajo dominio de la Autoridad Nacional Palestina (ANP).

Sin embargo, se estuvo muy cerca de completar los acuerdos de Oslo, pero algunas cuestiones de importancia lo impidieron: el retorno de los refugiados (dos millones en Jordania, más de medio millón en Siria antes de la guerra y medio millón en el Líbano, sin contar con los palestinos expulsados de sus tierras y ahora refugiados en Palestina: 1.200.000 en Gaza y 900.000 en Cisjordania), el estatuto de Jerusalén (ciudad santa para las tres religiones), el desmantelamiento de los asentamientos judíos y la cuestión de las futuras fronteras.

El único avance significativo desde entonces fue la concesión a Palestina del estatuto de observador en las Naciones Unidas en 2012. Sin embargo, al no ser verdaderamente un Estado no puede gestionar convenientemente los pocos territorios de la zona A. Sus habitantes viven como en cárceles clausuradas por los límites de sus ciudades. Mientras, los asentamientos en las zonas mixtas van conquistando terreno para los judíos y siempre que pueden siguen comprando tierras y casas para ir arrinconando a los palestinos. El conflicto de mayo se originó precisamente por el desahucio de familias palestinas en régimen de alquiler de unas propiedades judías de Jerusalén. Existe una política de ir arañando terreno aprovechando, a veces, la necesidad económica de los palestinos de vender y otras por medio de presiones constantes.

La reciente declaración de Israel como un Estado judío no hace más que confirmar la tendencia a considerar a los árabes israelíes (un 20% de la población) como ciudadanos de segunda clase. Una de las novedades de los altercados de mayo 2021 es que apuntan a la posibilidad de un conflicto social en el interior mismo de Israel entre árabes y judíos, y no simplemente entre israelíes y árabes de las zonas dominadas por la ANP. Si esta tensión aumentase, no podría descartarse que Israel cerrase las regiones de mayoría árabe, en especial, las del norte, y les diese un estatuto similar a las zonas de dominio mixto con ocupación militar israelí.

La desesperanza crece al constatar que ya nadie habla de la solución de dos Estados. Y lo que es peor, la izquierda ha quedado con una representación testimonial en el Parlamento. Ya no existe una verdadera oposición en esta cuestión. De hecho, cada vez que hay un ataque terrorista o se lanzan misiles desde Gaza, se potencia el miedo y la inseguridad en Israel y se dan alas a los partidos de extrema derecha. La respuesta desproporcionada del gobierno no hace sino reforzar esta dinámica.

Paradojas del elemento religioso del conflicto

Es interesante constatar que el elemento religioso en el conflicto no desempeña el papel que uno exactamente esperaría. El nacionalismo palestino es tradicionalmente de corte laico. Si bien en Gaza Hamás pertenece a lo que se ha llamado «islamismo político», el wahabismo fundamentalista de Arabia Saudí ha pactado

con Israel. Por otro lado, una parte importante del sionismo no es especialmente religiosa. Es verdad que hay muchos colonos ortodoxos movidos por un nacional-judaísmo, pero también que existen barrios enteros de judíos ultraortodoxos que denuncian al Estado de Israel como ilegítimo, puesto que no lo ha fundado el Mesías definitivo, tal como esperan religiosamente. Estos judíos viven de tal manera apartados de todo contacto con los otros que no se sentirían incómodos en un régimen islámico clásico de protección y sometimiento de las minorías religiosas.

La utopía de un solo Estado de iguales

Ante todo este panorama desolador, algunas voces progresistas (minoritarias, por supuesto) entre los judíos y los musulmanes, habiendo abandonado el proyecto de dos Estados por inviable, empiezan a soñar con un solo Estado donde palestinos e israelíes sean tratados con estricta igualdad. Quizás se trate de una utopía más, de un «Israel celeste» imposible de bajarlo a la realización terrestre. En este contexto, el papa Francisco ha hecho este año una importante llamada a la fraternidad universal en su encíclica *Fratelli tutti* (cfr. N.ºs 25, 26), e invitó en Irak a mirar al cielo y vernos todos como descendientes de Abrahán. Mientras, Israel va ganando territorios, pero va suicidándose moralmente.

Jaume Flaquer
Responsable del Área teológica de CJ